

DIARIO DEL CAPITÁN

La maldición de El Peje

Yo, Amaro Rodríguez-Felipe y Tejera Machado, capitán del navío Nuestra Señora de Gandelaria, Santo Domingo y San Vicente Ferrer, también conocido como “El Bravo”, dejo constancia en estas páginas de aquesta travesía en la que me veo embarcado junto a mi fiel contramaestre Juan Pedro Dujardin y toda mi tripulación. Sin embargo, el momento en el que nos encontramos ahora, es el desenlace de todos los acontecimientos de mi pasado que me han conducido a aquesta aventura.

Desde mis años de niño en La Laguna, siempre soñé con ser marino y aventurarme en la mar. Ya en 1703, comencé mi andadura en la Carrera de Indias como armador y capitán de “El Ave María y las Ánimas”. Después de muchas travesías como capitán independiente de diferentes barcos, decidí unirme a la Compañía de Honduras. Con la tutela de mi superior, Diego de Zárate y Murga, Marqués de Montesacro. Amparados por el patrocinio de Felipe V, fui nombrado capitán del Nuestra Señora de la Concepción con destino a Caracas. Estuve varios años al servicio de la Compañía de Honduras. Durante esos años fui capitán de muchos navíos y llevé en mis bodegas todo tipo de mercancías. En uno de estos viajes, incluso transportamos un grupo de esclavos desde las costas de África al Caribe. Recuerdo bien aquella singladura en 1710. No era algo habitual en la Compañía, y, si bien, no me pareció la actividad más provechosa, fue la singladura en la que conocí a Abebe, uno de mis fieles criados a día de hoy y miembro de la tripulación de “El Bravo”.

Tras aquella travesía, llegó una nueva oportunidad de mano de la Corona. Los enemigos de nuestro Reino se multiplicaban por doquier y su majestad necesitaba hombres intrépidos y capaces para defender nuestros mares. Nombrado ya corsario a las órdenes de su Majestad comenzamos nuestra lucha contra el pérfido inglés. Botín y gloria, qué más podría haber pedido. Estas eran las verdaderas aventuras que soñé en mi Canarias natal. Fue entonces cuando conocí a mi fiel amigo, Juan Pedro Dujardin y ambos nos embarcamos en “El Bravo”.



Yo, Amaro Pargo, Capitán de El Bravo y Corsario de su Majestad

Sin embargo, parece que esta vida como corsario me ha granjeado la enemistad de algún que otro noble cobarde y pomposo que prefiere esconderse tras las murallas de los puertos que combatir al enemigo en alta mar. El Gobernador Marcos de Bethencourt y Castro, henchido de envidia y odio hacia mis éxitos, se empeña en hacer nuestra vida imposible. Tras intentar que le incluyéramos de balde en los beneficios de nuestras travesías y capturas, sin arriesgar ni su fortuna ni su vida, anda azuzando a las autoridades y tratando de “acusarnos” de irregularidades en la apropiación de botines.

Hace unos meses, en nuestra travesía hacia Caracas, hallamos a un superviviente holandés de un barco llamado El Ligeja. El sol y la sed le había hecho perder el juicio. Entre delirios hablaba de una isla que parecía llamarse La Isla del Loro, de un magnífico tesoro escondido y de una maldición que pesaba sobre la tripulación de El Ligeja, la cual, llevó al barco a naufragar en la Isla de la Anguila. Al llegar a puerto, descargamos nuestro cargamento de cacao y la parte del botín destinado a la Corona. Pero Bethencourt quería fisgonear en nuestro barco. Era como si supiera de la existencia del holandés. Gracias a mis amigos de la Corte, he conseguido que no descubriera a mi nuevo pasajero y, por supuesto, que sus historias y delirios queden en secreto. Ahora que le hemos dejado a buen recuado en Tortuga, hasta que nosotros podamos encontrar su barco, nos dirigimos a la Isla de la Anguila, donde esperamos hallar alguna pista sobre el paradero de ese gran tesoro que podría ayudarme a volver a mi tierra con la gloria y la riqueza que siempre he soñado.